

UNA REPÚBLICA DE LAS LETRAS. LUGONES, ROJAS, PAYRÓ. ESCRITORES ARGENTINOS Y ESTADO

Dalmaroni, Miguel

Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2006, 253 páginas.

— I —

La nueva figura de “artistas” que encarnan los escritores a partir del modernismo latinoamericano, sujetos a procesos de especificación y profesionalización, es buceada en este libro para el caso de los integrantes de la llamada “Generación del Centenario”, con el objetivo de analizar su particular relación con el Estado modernizador. Dalmaroni retoma, por un lado, la sólida tradición crítica sobre el tema en la que sobresalen los trabajos ya clásicos de David Viñas y de Beariz Sarlo/Carlos Altamirano, enfocados a analizar las transformaciones de la figura del escritor hacia fines del siglo XIX; por el otro, revisa con agudeza los postulados de ciertos críticos como Graciela Montaldo y Julio Ramos para quienes el escritor-artista en aquella época se habría alejado de la política estatal, e intenta demostrar, con los emblemáticos “casos” de Lugones, Rojas y Payró principalmente, que en el Río de la Plata, tanto el arte literario como la figura del escritor, ellos mismos sujetos

a la nueva lógica del campo intelectual emergente, no dejan de concebirse entrelazados con los valores e instituciones que supone la conformación de un Estado moderno: “planificar el Estado era la misión principal de las nuevas letras y, luego, la justificación del escritor moderno y de su lugar en la sociedad” (16) en una alianza que sería un rasgo novedoso, no residual, y característico de ese mismo proceso de modernización por el que transitaba hacia 1910 el arte literario.

Hay entonces, en el contexto argentino, según la perspectiva adoptada por el autor, dos procesos de modernización que confluyen y dan un particular matiz *regional* a la problemática abordada: la del Estado y, al mismo tiempo, la de los valores y creencias literarios: “la literatura se moderniza... porque un cierto tipo emergente de escritor asume que los consumidores del nuevo mercado cultural o alguna de sus parcelas deben ser convertidos en la sociedad civil que hace falta para que el Estado modernizador llegue a ser el Estado de una sociedad efectivamente moderna” (35).

Según esta hipótesis inicial, Dalmaroni estima que las ideas ya clásicas de Pierre Bourdieu, según las cuales el campo intelectual-literario francés durante el siglo XIX se iría conformando en una “autonomía relativa” respecto de lo político, de modo que los intelectuales y escritores tomarían distancia del aparato estatal para ubicarse en una esfera que llegaría a ignorar los avatares de la vida pública, no serían aplicables, a menos que se hagan salvedades, a contextos periféricos y dependientes en proceso de modernización, como lo es el caso de Argentina. En este sentido, el autor retoma los conceptos de “modernización desigual” de la literatura latinoamericana de Julio Ramos o la noción de “destiempos” utilizada por Gramuglio para explicar la emergencia del realismo en el Río de la Plata. Se puede pensar así en una “nueva politicidad” de estos escritores que no sería contradictoria con el ideal moderno de autonomía sino que vendría a autorizarla al ubicarlos en un espacio de mediación con la sociedad en el que no pierden la especificidad de su labor artístico-intelectual, sino que por el contrario se los requiere en función de esa labor.

Un aspecto importante entre los postulados iniciales que guían la indagación del autor es el señalamiento del nuevo lugar que ocuparía la palabra escrita y especialmente literaria en el contexto estudiado: “...el nuevo Estado construye y mantiene otra clase de confianza en la letra,

que podríamos llamar precisamente *racionalizadora* y *espiritualista* a la vez” (48), lo cual permite explicar el hecho de que estos escritores tuvieran una actuación pública oficial destacada sin que ello menoscabara sus figuras ni depreciara sus valores en el campo artístico-literario.

Los antecedentes más directos de estas relaciones mutuamente funcionales entre la institución arte y el Estado se encontrarían, según Dalmaroni, en la gestión de Paul Groussac al frente de la Biblioteca Nacional (1896-1898) y en la obra de Joaquín V. González, *La tradición nacional*. En realidad, de acuerdo con el análisis de Dalmaroni, éste último en su rol de funcionario estatal habría estimulado especialmente la cooptación pública de escritores-artistas cuya producción poética, ensayística, histórico-ficcional, vendría a ser el soporte simbólico de la comunidad nacional imaginada por un Estado que ya acusaba ampliamente la amenaza de una crisis de representatividad.

Hay, sin embargo, un aspecto central en el período considerado para entender y explicar, como pretende el autor, los rasgos diferenciales de este proceso en el Río de la Plata, que no es considerado en el capítulo que oficia de exposición de las hipótesis de trabajo que guían el análisis (“La providencia de los literatos”): se trata del impacto que tuvieron las oleadas inmigratorias que llegaron al país desde la segunda mitad del siglo XIX, fomentadas por el proyecto liberal de

la elite letrada del 37, aplicado sistemáticamente después de Pavón. Es cierto que “los literatos se hacen pedagogos del nacionalismo del Estado” pero en respuesta a una sociedad heteroglosica a la que se debe inculcar el sentimiento nacional, en especial y principalmente a través de la lengua y es aquí donde confluyen y se hacen coincidentes las políticas de Estado con la nueva figura del escritor-artista especializado quien logra, de este modo, una legitimación oficial de su poder. La proliferación de discursos y representaciones identitarias, invención de tradiciones, mitos históricos y políticos, emblemas, ritos y modelos de subjetividad, que marcan el empeño pedagógico-estatal alrededor del Centenario, no se puede explicar sin hacer alusión a ese sujeto social “extranjero” que debe ser nacionalizado.

Tal vez, el autor haya considerado un lugar común aludir a tal proceso, por lo cual en ese capítulo no hay una sola mención de las condiciones demográficas particulares sobre las que se intentaba construir una sociedad civil que respondiera a los afanes modernizadores del Estado.

— II —

En la primera parte del texto, Dalmaroni analiza cada uno de los “casos” que le permiten ilustrar su tesis. Inicia el recorrido con un análisis de *El imperio jesuítico*, ensayo histórico resultado de un encargo que le hiciera a Lugones en 1903, su protector Joaquín V.

González, en ese momento ministro del Interior del gobierno de Roca. En ese libro se plasmarían las ideas del programa literario que González había delineado en *La tradición nacional*: el poeta cordobés era “el especialista que debía ‘salvar del olvido’ la herencia popular, oral y poética, y apropiársela para establecer una continuidad integradora y de largo alcance sobre el pasado” (61). Por otra parte, ya aparece allí claramente delineada la figura del poeta como “razón del Estado” la cual será definitoria en la intervención pública lugoniana tanto en las celebraciones del Centenario como tres años después en sus célebres conferencias teatrales sobre el *Martín Fierro*.

El capítulo siguiente es una indagación de la lectura lugoniana del *Martín Fierro*, operación paradigmática en el tejido de alianzas entre escritores y Estado e intervención que funda la tradición literaria argentina del siglo XX. Tal vez lo más provechoso de este análisis de un episodio que la crítica ha abordado repetidamente, sea la confrontación con la lectura de la obra de Hernández que Ricardo Rojas produce simultáneamente en la conferencia con que inaugura la primera cátedra de Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires y que transcribe posteriormente en la “Introducción” a su *Historia de la Literatura Argentina*. Acertadamente destaca Dalmaroni el rasgo diferencial de esta lectura que consiste en emparentar el *Martín Fierro* con las epopeyas hispano-americanas moder-

nas, como *La Araucana* de Ercilla, y en anclar su nacionalismo más en la tierra y el ideal que en la raza, lo cual marca un cariz distintivo en el criollismo de Rojas que lo vuelve menos aristocratizante y más “democrático” y que podría explicar las notables diferencias en las trayectorias públicas de ambos escritores. Ese nacionalismo “territorial e imaginario”, como lo define Dalmaroni, está ya presente en *Blasón de plata*, ensayo publicado el año del Centenario, cuyo análisis ocupa el siguiente capítulo. En ese texto Rojas “organiza su propio lugar en una articulación de la esfera pública donde la *autonomía* de los hombres de letras de su ‘generación’ respecto de la práctica de la política se legitima por la función que un Estado ilustrado le reconoce y que promueve” (127).

No es este el caso, al menos en apariencia, de Roberto Payró, un escritor que respondería cabalmente a los cánones de modernización del campo literario a espaldas del Estado y actuaría compenetrado con las reglas tanto de ese campo como del mercado de bienes culturales, según las cuales su actividad se profesionaliza y de donde obtendría su legitimidad. Recordemos que Payró es uno de los impulsores de la primera Sociedad de Escritores de la que fuera, igualmente, presidente provisional. Sin embargo, y siguiendo la hipótesis histórica desarrollada hasta aquí, el autor intenta demostrar, en el capítulo que le dedica, que también Payró “habría creído no sólo legítima sino incluso deseable alguna forma

de concordancia mutuamente beneficiosa entre nuevo Estado y nuevas letras” (141).

En ese sentido está orientado el análisis de la obra de teatro que estrena Payró en 1907: *El triunfo de los otros*, que *La Nación* había publicado en folletín unos meses antes. En este caso no estamos ante un desempeño efectivo de acciones en la maquinaria estatal, sino en una situación anhelada y expresada en el marco de la ficción teatral, en la que se pudiera establecer un pacto con el Estado que aliviara la desigual relación a la que el artista-escritor moderno debe someterse frente al empresariado teatral y periodístico. También para Payró, siguiendo el análisis de Dalmaroni, el Estado debe nutrirse con la voz de los literatos para conformar la patria y al mismo tiempo garantizarle su autonomía simbólica y económica.

Los tres capítulos de la segunda parte del libro, están dedicados enteramente a seguir el desarrollo de la carrera literaria e ideológica de Lugones; variaciones sobre diferentes aspectos de la obra y el pensamiento del poeta cordobés que vienen a desequilibrar en cierta forma la propuesta que desarrolla el autor de manera lúcida en la primera parte; ello no quiere decir que no se encuentren valiosos aportes, como por ejemplo, aquel que señala la persistencia y reivindicación del pensamiento lugoniano de cuño fascista y autoritario, en las obras de Carlos A. Disandro, “mentor intelectual de la espeluznante Concentración

Nacional Universitaria, la CNU, una de las bandas de la ultraderecha asesina y delirante de los setenta” (175), pero se trata de textos que no se integran de manera acabada a la propuesta inicial, por cuanto hipertrofian en sentidos diversos, una de las figuras anunciadas en el título, tal vez la más transitada por la crítica aún en años recientes, en desmedro, por ejemplo, de una mayor atención a los textos, a la carrera intelectual, y a las respuestas que en un contexto diferente como el de la república radical, pudo dar Ricardo Rojas.

Por último, es importante llamar la atención sobre una serie de capítulos breves, “desvíos”, “anexos” o “coda” como los denomina sucesivamente el autor, que se adosan e intercalan entre los capítulos propiamente dichos y que amplían la problemática analizada; si bien podrían parecer tangenciales, permiten amplificar la perspectiva, al incluir reflexiones que van desde Lucio V. Mansilla hasta Juan José Saer y César Aira, pasando por Borges, Quiroga o Becher y anuncian lo que podría ser un eje de lectura de la literatura nacional a partir de la relación que los escritores han mantenido y mantienen con el Estado.

José Maristany

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA
INSTITUTO SUPERIOR DEL PROFESORADO
“JOAQUÍN V. GONZÁLEZ”